Adriana Olivares Abril 2ºESO B

La Puerta Mágica

Todos los años, el día de su cumpleaños, el rey reunía a sus nobles en el castillo para conmemorar su nacimiento. Durante el día se celebraban competiciones y justas para los caballeros y por la noche, un gran banquete los reunía alrededor de una enorme mesa donde comían y bebían hasta la saciedad. Los más cercanos al rey acudían con sus familias y sirvientes al castillo, por lo que en esa fecha, éste parecía un hormiguero.

Ese día era sin duda el preferido de Bibiana, la hija menor de nueve años del Duque de Villa Nueva. Iba toda su familia a palacio, comía en la misma mesa que el rey y además, había juglares. Desde que tenía memoria, los juglares eran lo que más le fascinaba de todo. Contaban historias llenas de aventuras y recitaban hermosos poemas e historias de fantasía, y ese año, no iba a ser diferente.

Su dama de compañía le cepillaba su largo, rubio y sedoso cabello en su habitación de palacio. Tenía que estar impecable para la fiesta, que se celebraría esa misma noche, y eso ilusionaba mucho a la muchacha, que no dejaba de fantasear sobre la nueva historia que ese año añadiría a su extenso repertorio.

¿Sería de aventuras? ¿Alguna leyenda sobre un jardín encantado? Pero lo que ella deseaba era que fuese de magia. Esas historias era las mejores; con castillos llenos de misterios, portales que llevaban hasta otros mundos…

Y al fin el tan ansiado momento llegó. El juglar, vestido con una túnica granate entró por la majestuosa puerta del salón, y todos los presentes irrumpieron en aplausos. Bibiana no podía estar más ansiosa. Había esperado un año llena de ilusión y al fin estaba ahí, atenta a las palabras de aquel hombre, que hizo una reverencia al rey y saludó muy educadamente a los invitados. Y sin más, comenzó a hablar.

******

Bibiana estaba intentando dormir en su cama de palacio. Llevaba allí no sabía cuantas horas dando vueltas. Se lo había pasado en grande, pero no podía dormir. Estaba dándole vueltas a las palabras del juglar. *"Y desde entonces, todos los libros que se escriben desde esa era de los magos tienen esa magia inaudita dentro."*

¿Y si es verdad? Se preguntaba a sí misma. Nunca se había interesado por los libros. Sabía leer, pero solo porque su madre se empeñó en que aprendiera, y ni si quiera había estudiado con libros, sino con pergaminos, así que no sabía si esa historia del juglar era cierta o no. Una parte de su ser le gritaba que eso era imposible, mas una vocecilla muy débil pero segura de sí misma le susurraba que eso era cierto, que la magia existía desde siempre y que podía haber pruebas de eso.

Además, una pregunta la corroía por dentro: ¿Cuál era esa magia inaudita que el juglar había nombrado varias veces en su relato? Debía averiguarlo.

Decidida saltó de su cama y salió al frío pasillo de piedra que a lo mejor la llevaría a la respuesta de su pregunta.

Pasaron horas, o quizás minutos. Ella no lo sabía. Simplemente seguía divagando por el castillo, perseverante y dispuesta a encontrar algo.

De repente se paró en seco. Una bonita puerta tallada en madera de cerezo había llamado su atención. Tenía un aspecto enigmático, ya que estaba entreabierta y un rayo de luz de la luna se colaba por una rendija.

Así que sin miedo alguno abrió la bonita puerta, que dio paso a una gigantesca habitación de grandes ventanales por donde se colaba la luz azulada de la noche.

Y grande fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que estanterías repletas de libros que alcanzaban el techo abovedado eran lo que cubría todos los huecos de las paredes. Ni un cuadro, ni una antorcha. Solo estanterías y ventanas.

Bibiana no cabía en sí de la impresión, y sobre todo de la alegría de haber encontrado al fin una biblioteca. Corriendo abrió un libro y leyó una de sus páginas, pero nada ocurrió, así que decepcionada se dio la vuelta para volver a su alcoba a dormir, pero apenas había dado un paso una voz conocida habló, y sobresaltada, Bibiana se giró para ver una silueta de un hombre alto situada delante de una de las ventanas.

-¿Quién sois vos? - Preguntó una temerosa Bibiana.

Pero no hizo falta respuesta, ya que la chica cayó en la cuenta de que era el juglar que le había contado esa estúpida leyenda de la magia de los libros, y de repente, se sintió enfadada consigo misma. ¿Cómo había podido caer en esa trampa para inocentes?

Entonces, el juglar avanzó hacia una de las estanterías, y alargó su robusto brazo para alcanzar un libro viejo y estropeado por el paso del tiempo. Lo abrió y comenzó a hablar.

-Supuse que vendríais aquí desde que os miré mientras contaba la historia. Estáis decepcionada, ¿verdad? No hace falta que respondáis, lo veo en vuestros ojos, pero decidme, ¿por qué? ¿Acaso no sentís la magia al abrir el libro? El olor de las páginas, el crujir de la encuadernación… Sí, aunque no lo creáis, damisela, la magia no siempre son hechizos y pociones, los libros también son mágicos. Solo es necesario aprender a verlos así, como algo único y maravilloso.

¿Acaso no es magia que al leer os metáis dentro de la historia y viváis la aventura como si fuera la vuestra propia? ¿Tampoco os parece mágico cómo os sentís al terminarlo? ¿Y la forma de ver y pensar las cosas después de leerlo?

Dicho esto el sabio juglar se fue no sin antes dirigir una mirada llena de picardía a Bibiana, que se quedó sola en la biblioteca.

-Bueno- se dijo a sí misma la muchacha- Creo que voy a descubrir esa magia de los libros.

Eligió un libro, se sentó en el sillón más cómodo que encontró, y sonrió al oír el crujir del libro al abrirlo. "Capítulo 1" Comenzó a leer.